

La primacía femenina en el mundo psicoanalítico

Manuel Baldiz

Resumen

El presente artículo aborda el fenómeno real de la mayoría numérica de mujeres en los ámbitos psicoanalíticos. Trata de pensar las causas de dicha primacía femenina (desconcertante para algunos) desde diversas perspectivas, y en su tramo final apunta a una estrecha conexión lógica entre lo femenino y lo analítico, utilizando de algún modo el supuesto enigma de partida como un buen pretexto para repasar algunas cuestiones esenciales de la posición del analista y de la posición femenina.

Existe una primera versión del artículo, un poco más breve, publicada únicamente en portugués en la revista Marraio de las Formaciones Clínicas del Campo Lacaniano en Río de Janeiro.

Hay un hecho real, incontrovertible, que consiste en la masiva presencia femenina en el mundo del psicoanálisis. Se ha llegado incluso a bautizar dicho fenómeno como la feminización del país del psicoanálisis.

Las mujeres son mayoría en muchas instituciones y asociaciones psicoanalíticas, por no decir en todas, y cada vez hay más mujeres que se interesan por lo analítico. Un ejemplo próximo y fácil de verificar lo encontramos en esta misma revista. En la relación de socios suscriptores que consta al final de cada número puede comprobarse una mayoría femenina bastante notable. En el número 15 (noviembre 2005) de un total de 141 suscriptores, 88 pertenecen al género femenino, lo que representa un 63 %, mientras que sólo 53 corresponden al género supuestamente dominante, es decir un 37 % del total.

Frente a esta tozuda realidad que algunos preferirían ignorar, surgen desde diversos discursos exteriores al psicoanálisis algunas preguntas cargadas de cierta perplejidad que, en los casos más extremos, se expresan de la siguiente manera: ¿Cómo es posible que haya tantas analistas mujeres

y tantas mujeres en análisis teniendo en cuenta lo *machista* que es la teoría psicoanalítica? ¿A qué se debe que muchas mujeres decidan analizarse o incluso hacerse psicoanalistas si la cuestión femenina aparece tan mal resuelta en la literatura falocéntrica de Freud, Lacan y otros pensadores del psicoanálisis?

Las tentativas de responder a ese aparente enigma y a esas preguntas un tanto tendenciosas deben declinarse en diversos planos. En una primera aproximación al problema, es factible distinguir tres niveles:

- I Un primer plano, al que podríamos calificar de sociológico (aunque es algo más que eso), es aquél desde el cual puede sostenerse que la profesión de psicoanalista se inscribe tal vez en un conjunto de oficios tradicionalmente vinculados a la mujer.
- II Un segundo terreno de respuesta nos llevaría a tratar de demostrar lo infundado de la acusación que tilda de *machista* al *corpus* teórico del psicoanálisis. Para ello deberíamos revisar rigurosamente la actualidad de esos conceptos analíticos siempre prestos a la mala interpretación y a la tergiversación cargada de ideología, como son el falo, la castración, la envidia del pene y tantos otros. Sin llegar al extremo de demostrar que Freud y Lacan eran auténticos feministas, una lectura rigurosa y atenta de sus textos, sobre todo del segundo, puede mostrar cómo sus aportes teóricos y clínicos no solamente no dejan a la mujer en un mal lugar sino que representan una herramienta de primer orden para seguir avanzando en el camino de la modernidad femenina.
- III Y un tercer ámbito de intelección del asunto, el más interesante sin lugar a dudas, aunque a la vez el más complejo, se basa en postular una posible afinidad lógica o estructural entre la posición femenina y la psicoanalítica.

1. La madre agazapada tras la elección profesional

Sin abundar demasiado en este apartado más o menos sociológico, es cierto que el psicoanálisis como práctica se inscribe a menudo, aunque sea imaginariamente, en un ámbito de profesiones que suelen tener un elevado número de mujeres entre sus practicantes. Se trata de prácticas profesionales que implican una dedicación a sujetos que se hallan ubicados de algún modo en una situación de precariedad y/o de dependencia a los otros, ya sea por su edad o por el sufrimiento en sus diversas manifestaciones (psíquico, físico, económico). Esa lógica subyacente se ha podido comparar en muchas ocasiones a la posición materna respecto de los hijos y a la función de las *cuidadoras*. En la inercia de los estereotipos sociales, parecería que se sigue asociando la figura de aquellos o aquellas que cuidan a otros y se ocupan de sus malestares con el rol femenino en general y con su vertiente materna en particular.

A la vez, es indudable que un porcentaje mayoritario de las personas que se acercan al psicoanálisis para estudiarlo y/o formarse como analistas provienen casi en exclusiva de dos carreras universitarias, medicina y psicología. Hay excepciones notables, sin lugar a dudas, pero hoy por hoy el grueso de los que se internan en el mundo de lo psicoanalítico siguen siendo en una abrumadora mayoría personas provenientes de esas dos titulaciones, antes o después de acabar sus estudios. Y esas dos carreras pertenecen paradigmáticamente a ese sector de los *cuidadores* al que hacíamos referencia. Todos los colegios oficiales de psicólogos de España cuentan entre sus colegiados una mayoría destacada de mujeres, y por el lado de las profesiones sanitarias, un breve informe aparecido en la revista médica *JANO* el Día Internacional de la Mujer del año 2001 afirmaba que dichas profesiones adquieren un «cada vez más claro color femenino», tanto en nuestro contexto como en los países occidentales en general.

Las mujeres son mayoría absoluta entre los diplomados de enfermería y casi duplican a los varones en la profesión farmacéutica. Igualmente son, desde hace años, el grupo más numeroso en las facultades de medicina, y la tendencia a la feminización de la profesión médica no para de crecer. Aunque en el conjunto de los médicos colegiados todavía se ven superadas por los varones, no pasarán muchos años antes de que se invierta dicha proporción, y en el grupo

de edad inferior a los 35 años las mujeres médicos ya sobrepasan en número a sus colegas masculinos. En Francia, por ejemplo, una de las especialidades médicas con un grado de feminización más importante es la psiquiatría, junto a la ginecología, la anestesiología y la oftalmología.

Lo que sucede es que la explicación de que en todas estas profesiones se juega algo de lo materno puede responder a un cierto grado de verdad pero, a la vez, pone sobre el tapete una vez más el gran riesgo de confundir posición femenina y posición materna. Desde el psicoanálisis sabemos que la función materna es una de las posibles salidas del complejo de Edipo en la mujer, pero, aún y así, hemos de advertir cuantas veces haga falta que la madre y la mujer no sólo no se recubren por completo sino que, en cierto modo, pueden llegar a constituir posiciones subjetivas bastante antagónicas. Esa es, sin embargo, una cuestión que aparece de un modo sustancialmente distinto en la obra de Freud y en la relectura de ésta que propone Lacan.

Para Freud, tal y como lo formula por ejemplo en sus *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*,¹ la tercera orientación del desarrollo de la niña a partir del descubrimiento de la castración (diferenciada de las dos anteriores: inhibición y complejo de masculinidad) es la que lleva a lo que el padre del psicoanálisis denomina «la feminidad normal». Pero dicha normalidad se establece, según Freud, a través de la equivalencia simbólica que permite sustituir el deseo de pene por el deseo de hijo. Lacan destaca que la solución materna no deja de ser una salida por el lado del *tener* y, a pesar de que en el discurso cotidiano y en la inercia del pensamiento común la posición materna represente el *summum* de lo femenino, podemos pensar más bien en una clara divergencia entre el ser madre y el ser mujer. Tal y como lo sintetiza Colette Soler,² «el ser madre resuelve la falta por el tener, bajo la forma del niño, mientras que el ser mujer no se resuelve enteramente en el tener fálico sustitutivo». La mujer ocupa el lugar del no-todo en lo que respecta al goce fálico.

Además, el psicoanalista, independientemente de si es hombre o mujer, no debe intervenir en la cura desde un punto de vista maternal. Esa posibilidad, contraria a la lógica y a la ética analíticas, fue denunciada explícitamente por Lacan cuando, por ejemplo, aludía de manera crítica a la fantasía de Karl Abraham de ubicarse en el lugar de una *madre completa* para su analizante.

2. Resistencias y malentendidos

Desarrollar este segundo punto desborda por completo las posibilidades de un trabajo como éste. Se trata, no obstante, de un asunto muy importante que merece un debate con luz y taquígrafos y que no quede solamente confinado a los pequeños cenáculos de intelectuales y analistas. Resulta muy penoso leer o escuchar con gran frecuencia en los *mass-media* acusaciones reiteradas al psicoanálisis de *machismo* o de *incomprensión de la problemática femenina*, sobre todo cuando se hacen desde la ignorancia más radical de los textos analíticos o malinterpretándolos de manera interesada. Sería muy interesante tratar de desmitificar un poco esas críticas, debatirlas en razón, aclarando al mismo tiempo las indiscutibles aportaciones psicoanalíticas a la interpretación de lo femenino e, incluso, en ocasiones a la *causa* de las mujeres.

Un ejemplo de los malentendidos crónicos entre la causa freudiana y la causa femenina podría estar representado por una exposición consagrada a Freud en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona, dentro de un interesante ciclo realizado hace pocos años y dedicado a los *Faros del siglo XX*. La instalación referida a Sigmund Freud estuvo a cargo del filósofo Xavier Rubert de Ventós y de su hijo, el pintor Gino Rubert. En el programa de mano de la instalación y en el propio recinto de la misma, figuraban una serie de citas textuales del padre del psicoanálisis sobre muy diversos asuntos, citas diversas elegidas por Rubert de Ventós para ilustrar casi a modo de *slogans* algunos puntos destacables del pensamiento freudiano. Dos de ellas estaban referidas explícitamente a las mujeres, y eran las siguientes:

Las mujeres no poseen sino en muy escasa medida el don de la sublimación [...] Su indudable inferioridad intelectual ha de atribuirse a la coacción mental necesaria para la coacción sexual.

Primero quisieron poseer un pene como el hombre [...] entonces sustituyeron este deseo por el de tener un hijo [...] que se transformó al fin en el de encontrar marido, aceptando así al hombre como un elemento accesorio inseparable del pene.

No es nada extraño que en las diversas reseñas de la exposición que aparecieron en la prensa durante algunos días, prácticamente todos los periodistas destacaran esas dos citas, bromeando

sobre ellas, escandalizándose de las mismas, o utilizándolas directamente para poner de manifiesto la supuesta misoginia de Freud y su lenguaje tan políticamente incorrecto leído fuera de contexto en nuestra contemporaneidad. Tal vez esa era una de las intenciones del conocido filósofo barcelonés, que tiene la honestidad de no ocultar sus ambivalencias frente al psicoanálisis, pero el efecto sobre el público de a pié, poco conocedor de los textos freudianos, es sumamente desorientador.

El psicoanálisis pone de manifiesto que en relación a la lógica del falo y de la castración, no hay ventajas para nadie. Los poseedores de pene no lo tienen necesariamente más fácil que la otra mitad de los seres parlantes. Si se transitan los textos de Freud y de Lacan sin demasiados *a priori* y con un mínimo de calma, cualquiera podrá encontrar en ellos dicho mensaje.

Los analistas deberíamos intentar hacernos entender algo mejor, aplicando la ética del bien decir no sólo en nuestras curas sino también en nuestras tentativas de difundir las nociones analíticas en lo social. Quizás no hemos hecho todavía un *aggiornamento* suficientemente claro de la teoría psicoanalítica de la sexuación.

3. Una afinidad estructural: el objeto y el vacío

La relación estructural entre la posición femenina y la del analista puede examinarse desde varias perspectivas.

Tres afirmaciones, aparentemente contradictorias, nos pueden servir de punto de partida para desarrollar esta tercera y fascinante cuestión.

- a) Las mujeres pueden ser las mejores analistas.
- b) Las mujeres tienen dificultades en la posición del analista en tanto en cuanto tienen dificultades en ubicarse en el lugar de objeto para otro.
- c) Todos los *verdaderos* analistas, en lo simbólico, son mujeres ya que están de algún modo en una posición estructuralmente homóloga a la femenina.

Las mujeres pueden ser las mejores analistas. Es, pues, una posibilidad, pero si solamente fuese eso, una pura contingencia, no tendría demasiado sentido afirmarla de manera explícita. Y Lacan, sin embargo, lo hace, aunque sea tangencialmente, en diversos momentos de su enseñanza. Al final

de dicha enseñanza, en el seminario 27 sostuvo que «las mujeres, si existen, son las mejores analistas, a veces las peores»,³ afirmación un tanto enigmática aunque un poco después, en la misma intervención oral, agregó lo siguiente: «ellas pueden escuchar lo que del inconsciente no tiene ganas de decirse».⁴ Algunas de las reflexiones que vienen a continuación son una tentativa personal de pensar un poco más esa sugerencia.

La extraña tensión dialéctica que se genera al tratar de conciliar teóricamente las tres proposiciones mencionadas hace un momento (a, b y c) es en sí misma un índice de la naturaleza del problema, en un arco que va desde aquello que no es únicamente contingente hasta lo que tampoco está tan claro que sea del orden de lo necesario.

Más allá de la mayoría numérica femenina en las asociaciones psicoanalíticas, no cabe duda también que bastantes mujeres ocupan un lugar muy destacado en la ya no tan pequeña historia del psicoanálisis. Pero, como es lógico, no siempre ni su gran número ni sus invenciones suponen un avance real en la teoría y en la clínica psicoanalíticas. En ese sentido, la publicación cada vez más completa de rigurosos estudios biográficos de algunas de esas mujeres ya históricas (Melanie Klein, Lou-Andrea Salomé, Karen Horney, la princesa Bonaparte, Emma Eckstein, Sabine Spilrein, y algunas otras) nos muestra crudamente algunos de los peculiares atolladeros de esas féminas arrasadoras.

La dificultad para las mujeres de ubicarse en el lugar del objeto guarda una estrecha relación con el problema que estamos abordando desde varias perspectivas. Lacan, en el seminario 17, nos dice que para la histeria, «su verdad es que le es preciso ser el *objeto a* para ser deseada».⁵ Aún y teniendo muy presente la consigna de no aplastar todo lo referente a la mujer con la categoría de la histeria, en lo que concierne a este punto no podemos obviar el hecho fundamental de que para toda futura analista no hay otra opción que la de pasar, de algún modo, por el discurso de la histeria. Es preciso histerizarse-historizarse para entrar en el análisis, y al hacerlo toda mujer tendrá que resolver, como pueda, aquello que se deriva de esa verdad, a pesar de que la misma no es fácil de ser aceptada. Un eco muy transparente de esa dificultad es la protesta ya clásica de algunas mujeres frente a la posición de mujer-objeto.

Sostener, aunque sea transitoriamente, el lugar de objeto para el deseo de otro no siempre es una tarea cómoda. De ahí que, a pesar de los diferentes vaivenes de la historia, se disfrace ese lugar de mil

maneras, fundamentalmente con los ritos del amor y/o con los ropajes fálicos y las mascaradas.

La propia cura analítica ofrece a muchas mujeres, al inicio de la misma, un cierto descanso, un relevo del semblante. Efectivamente, durante un tiempo, en el dispositivo analítico, las mujeres pueden descansar de la captura que, en tanto *objeto a*, se ejerce sobre ellas en el fantasma de los hombres. Pueden delegar dicha posición al analista, pero tarde o temprano si desean acceder a la posición psicoanalítica deberán enfrentarse de nuevo a esa cuestión insoslayable. La mujer tendrá que atravesar analíticamente lo que supone para ella ser objeto para otro como condición *sine qua non* de la puesta en acto del deseo del analista.

No es fácil resumir en pocas palabras el concepto de *objeto a* que supuso uno de los grandes aportes teóricos de Jacques Lacan, quizás su invento principal. Se trata de una función que permite cierta recuperación de goce después del pasaje por la castración y de la inscripción de la Ley. El *objeto a* da cuenta de que cuando el viviente se sujeta a lo simbólico que le precede, haciéndose por tanto sujeto, dicha sujeción no implica una pérdida total de la dimensión objetual y libidinal del narcisismo originario.

En la estructura psíquica no todo es significativo, aunque el inconsciente esté estructurado como un lenguaje, y el *objeto a* es esa parte nuclear de la estructura que sirve para causar el deseo y a la vez es susceptible de hacer gozar al sujeto. Es la alteridad radical alrededor de la cual gravita la economía sexual de cada neurótico. Y, desde esa perspectiva, tiene como dos caras: una, fascinante, valiosa, agalmática (en el sentido del *agalma* del que se habla en *El Banquete* de Platón); y otra de algo caído, abyecto, de puro desecho, al modo del *sicut palea* de Santo Tomás (*abjet*, le llama Lacan en *Radiofonía y Televisión* creando un neologismo muy significativo).

Todos los verdaderos analistas son mujeres en lo simbólico porque asumen hasta las últimas consecuencias su función de alteridad. Ante un enunciado semejante puede destacarse además cierta homología entre esa apelación a los supuestos *verdaderos analistas* y la búsqueda siempre infructuosa de aquello que definiría a las *mujeres verdaderas*. La idea de una alteridad extrema, que desmiente la ilusión de una correspondencia intersubjetiva entre el conductor de la cura y su paciente, es el modo constante en que Lacan pensó la posición del analista a lo largo de toda su obra: en un primer período como lugar del gran Otro (aunque sin confundirse con él)

y en un período posterior como semblante del *objeto a*.

La posición analítica de alteridad tiene un íntimo parentesco con el otro-sexo para todo sujeto: la mujer. Así, si La Mujer (con mayúsculas) no existe en tanto universal, tampoco existe *El Analista*. Ambos, mujer y analista, responden a la lógica del uno-a-uno, no pudiendo universalizarse. Ambos, también, sólo se autorizan por sí mismos, y deben de reinventarse cada vez. Pero todo ello no nos exime de formalizar al máximo sus condiciones de posibilidad.

Todo verdadero analista es mujer (independientemente de su sexo anatómico o de su condición erótica) porque, como escribió Michel Silvestre actúa «dejándose guiar por lo que el analizante anhela hacer de él». La función de semblante de objeto que opera en la dirección de la cura puede entenderse de dos modos. El mismo Silvestre nos ayuda a entender esos dos modos cuando diferencia, primero, su sentido negativo: «no es el objeto, dado que el que tiene el secreto del objeto es el analizante». Y, en segundo lugar, definiendo esa función de semblante como la de «traer lo que es del orden del silencio del sujeto a la dimensión de lo simbólico, estableciendo el vínculo entre el fuera del lenguaje de la pulsión y el significante del mismo».⁶

Si tenemos en cuenta que el ser no se opone al parecer sino que se confunde con él (y de eso algunas mujeres saben mucho), la verdadera oposición que debe interesarnos es la de semblante y real. Debemos situar entonces al ser del lado del semblante y regresar al problema de la escena analítica. En ella el analizante es quien tiene que trabajar, hablando, asociando. Si lo hace, el analista es forzosamente relegado a otro lugar, un lugar que no es inactivo pero en el que no tiene nada propio, sólo suposiciones del analizante, un lugar paradójicamente vacío al que podríamos llamar el peso del ser, el ser-ahí. Entonces, si subrayamos esta cuestión del ser confrontado al tener y a lo real, hallamos la clave conclusiva de todo lo anterior.

Ocupar el lugar del semblante es ocupar el lugar del ser, pero haciendo algo del no-tener, lo cual es justamente aquello que vincula con claridad la posición femenina con la operación del analista. Hacer algo con el no-tener es un modo de referirse tanto a la función analítica como a la posición femenina. El analista no tiene el saber ni la clave de lo que le pasa al analizante, pero se ofrece a escucharle y a causar el deseo de proseguir su análisis. La posición femenina de no-tener el falo (factible, en teoría, de ser ocupada tanto por un hombre como por una mujer) y a pesar de ello, o precisamente por ello, causar el interés de alguien que cree poseerlo, responde así a la misma lógica subyacente.

El análisis lleva a los sujetos a ir hasta la roca de la castración (Freud), o incluso más allá de la misma (Lacan). Por tanto, un analista producido en un análisis llevado hasta el final, podrá ubicarse en ese lugar que es a la vez un objeto y un vacío.



Manuel Baldiz

Gran Vía Corts Catalanes, 519, 4º 1ª
08023 Barcelona
Tel. 93 426 44 15
9567mbf@comb.es

Notas

1. FREUD, S. (1932). «La feminidad», conferencia 33 de *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis*. Obras Completas (OC). Vol. XXII. Buenos Aires: Amorrortu editores, p. 117 y siguientes.
2. SOLER, C. (2004). *Lo que decía Lacan de las mujeres*. Medellín: Editorial No-Todo, p.121.
3. LACAN, J. (1980). *El Otro barrado*, clase 2 del seminario 27, «Disolución» (15 de Enero de 1980). No existe todavía una edición autorizada.
4. *Ídem* nota 3.
5. LACAN, J. (1969). Seminario 17, *El reverso del psicoanálisis*. Ediciones Paidós, 1ª edición castellana, 1992, p. 190.
6. SILVESTRE, M. (1987): «¿Para qué sirve un psicoanalista?». *Mañana el psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Manantial, 1988.